

CIENCIAS.
ARTES.
HISTORIA.
LITERATURA.
CRÍTICA.
VARIEDADES.

Literatura Hispano-Americana

SUPLEMENTO ILUSTRADO

Regalo a los abonados de la Revista ESPAÑA Y AMÉRICA

CÁDIZ, FEBRERO 1914

AÑO II NÚM. 8

Colaboradores Españoles y Americanos

Aguilar Tejera (A.)
Arciniegas (Ismael E.)
Arévalo (Antonio).
Belmonte Muller (G.)
Colombine.
Cordero (Juan L.)
Díaz de Escovar (N.)
Estrada (Norberto).
Fernández Lasso (M.)
Fernández del Villar (J.)
García Morales (P.)
Gómez Carrillo (E.)
Gómez Jaime (A.)
González Anaya (S.)
González Blanco (A.)
González Olmedilla (J.)
Hoyo (Antonio de)
Huertos (Luis G.)
Iñiguez (Benigno).
Jara Carrillo (P.)
Jiménez (Juan R.)
Lasso de la Vega (R.)
León (Ricardo).

Monterrey (Manuel).
Ortega Morejón (José).
Orti Belmonte (V.)
Pelayo (Miguel).
Pérez Fernández (L.)
Pérez Sarmiento (J. M.)
Prada (Gloria de la).
Pichardo (Manuel).
Quintero Atauri (P.)
Recio Díaz (José).
Restrepo Gómez (F.)
Riño de la Iglesia (P.)
Rodas (José).
Rodríguez Embil (L.)
Rueda (Salvador).
Sánchez Rodríguez (José).
Sandoval (Manuel de).
S. Román (Miguel de).
Santacruz (Pascual).
Ugarte (Manuel).
Vázquez de Aldana (E.)
Vázquez de Sola (A.)
Zamacois (E.).

Los colosos de la Literatura

D. Benito Pérez Galdós

El celebrado autor de ese portentoso literario que ostenta en su portada el sugestivo título de *Episodios Nacionales*, en cuyas magistrales páginas se admira, con asombro parecido, la España del siglo pasado; nuestro gran D. Benito Pérez Galdós, el maestro de las hispanas letras contemporáneas, se encuentra ya viejo y ciego...

Sí, viejo y ciego, después de una vida dedicada a cantar, en burilada prosa, las glorias pasadas de nuestra España; viejo y ciego, después de la enorme labor del excelso literato creador de *Marianela*, *Novelas Contemporáneas*, *La de San Quintín*, *La loca de la casa*, *Doña Perfecta*, *Gloria*, *El Abuelo*, *Fortunata y Jacinto*, y muchas más; viejo y ciego, con una vejez de cerca de quince lustros, el maestro de los maestros, el maestro indiscutible de varias generaciones de intelectuales.

Y los periodistas madrileños, comprendiendo razonablemente, en un arranque de sublime altruismo, que es una obra de justicia asegurar la independencia económica del veterano escritor, han lanzado la idea de que toda España contribuya de modo práctico a un homenaje en favor del gran dramaturgo, homenaje al cual se ha asociado inmediatamente la intelectualidad española, comprendiendo que con ello hace la más grande obra de humanitarismo y justicia, porque asegura una vejez tranquila al primer literato español.

La idea lanzada por los periodistas de la corte, tiene el aspecto encantador, la ternu-

ra hermosa, del filial cariño del hijo amatísimo hacia su padre ya inútil por el cansancio del rudo batallar, acancinado por el pesado trabajar del escritor de oficio, de este oficio noble y no exento de atracciones, pero también ingrato y repleto de sinsabores y amarguras.

Y a pesar de estos sinsabores y de estas amarguras, D. Benito Pérez Galdós, ya viejo y ciego, nos asombra aún con los destellos de su genio creador, y *Celia en los Infernos*, estrenada últimamente en el Teatro Español, de Madrid, obtiene un triunfo resonante, un triunfo ruidoso, porque es obra concebida y llevada a la escena con la mis-

crustados en las abruptas sierras de esta tierra; lo mismo en el gran palacio del magnífico señor, envueltas en soberbias pastas con planchas doradas, que en la misera vivienda del campesino de cortijada, en rústica modesta, en una ola inundadora, que llevara por doquier diluido el perfume grato y embriagador de la prosa del cantor de la patria.

Y esta sería a la par que el homenaje justo, respuesta grandiosa de los que hablan la lengua de Castilla, los de América y los españoles en unión fraternal, contestación al comité de Stokolmo al negarse a conceder al veterano de las letras hispanas el premio Nobel merecido de sobra por el maestro.

Y nosotros, los que colaboramos en esta revista hispano-americana, admiradores entusiastas del maestro y convencidos de la necesidad imperiosa de llevar a efecto la hermosa idea de tan justificado homenaje, estamos seguros, completamente seguros, de que la intelectualidad de la América latina, aquellos que hablan y escriben nuestro armonioso idioma, el incomparable idioma castellano, han de colaborar gustosos en la obra de asegurar la vejez de D. Benito Pérez Galdós.

JOSÉ RECIO DÍAZ.

TRIPTICO

Para siempre

Arde un tizón, ya casi consumido,
en el hogar, y un rayo de la luna
se acerca moribundo hasta la cuna
en donde duerme mi recién nacido.

Entre tanto, mi dulce compañera
hace labor; yo escribo alguna cosa
que me ha dictado el corazón, y afuera
tal como un niño el vendaval solloza.

El fuego va a morir; también la luna,
apaga su fulgor, más por fortuna
ni eso me inquieta ni me importa nada,
porque cual una inextinguible hoguera
conservo de tu amor la llamada
y el rayo de tus ojos, compañera.

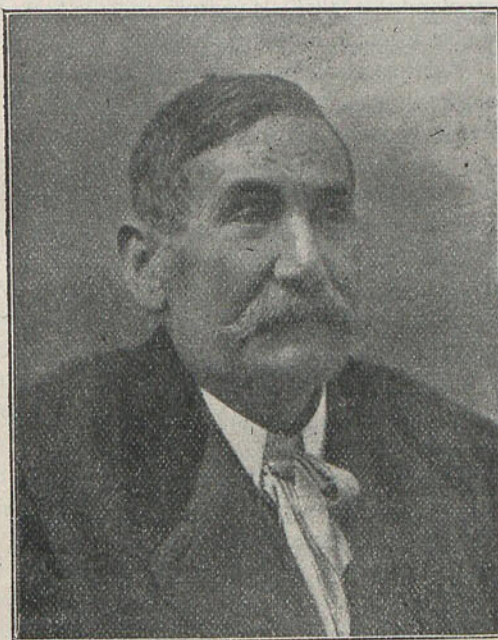
Sólo para tí

A pesar de los hálitos adversos
que soplan sin cesar sobre mi pena,
tú vives en el fondo de mis versos
con una majestad ultraterrena.

Ellos, que son tus súbditos constantes,
te reverencian con sagrado esmero,
y te saben guardar como el joyero
al más puro de todos sus diamantes.

Hoy has cumplido diez y nueve abriles
y por eso mis sueños juveniles
te ofrecen en las plumas de sus alas

esta efímera copla lastimera
que sólo para tí yo bien quisiera
fuese un palacio de catorce salas.



DON BENITO PÉREZ GALDÓS.

ma lozanía y frescura del que está haciendo sus primeras armas en las lides literarias.

«Llévese a solución práctica la idea sea del modo que fuere, bien por medio de la institución de un premio nacional, por una pensión decorosa del Gobierno o por un extraordinario de las principales revistas y diarios dedicados al insigne escritor y cuyo producto se le entregue íntegro al gran novelista.

Aunque lo mejor había de ser que el Gobierno adquiriendo la propiedad de los «Episodios Nacionales» y haciendo una gran tirada económica, hiciese que estas grandes obras, tan sólo muy superficialmente conocidas, se difundieran o mismo por las ciudades populares que por los villorrios in-

Por esos mundos

Corazón: de la vida en los caminos las huestes del Dolor te han asediado, aunque tú solamente has derramado versos y amor para los peregrinos.

Corazón, pobre viscera obligada a padecer el mal del Sentimiento; óyeme, corazón, mi pensamiento será siempre tu esclavo en la jornada.

El cansancio de todo cuanto existe te tornó tan escéptico y tan triste que ya nada alimentas ni ambicionas.

Todos los malhechores del sendero cobardemente te han herido, pero tú sabes perdonar... y los perdonas!

J. RESTREPO GÓMEZ.

Recuerdos Argentinos

En el Tigre-Hotel

Son las seis de la tarde, de una tarde deliciosa, llena de pálidas claridades y de voces de pájaros. Por todas partes canta el sol mágico del verde. Calles de desolados sauces de ramas colgantes, como las barbas de los árboles del comienzo de *Evangeline*; ramas que apenas mueve el aire. En el agua cercana se reflejan los verdes de la orilla, de la orilla en donde el salón de conciertos, mudo y solitario, soporta su caperusa gris.

Parece que el hotel estuviese deshabitado; tan sólo en una que otra ventana, algunas damas conversan y miran hacia la dulce quietud del campo. Por el río pasa, de cuando en cuando, un bote impulsado por un remero. Una suave tristeza lo inunda todo. Una pareja feliz... se dirige a embarcarse en un bote blanco, que la conduce, tranquila y blandamente, sobre el agua especular, a la otra ribera. El cielo, teñido de un indefinible violeta, se desmaya en una indecisa moribundez. Del campo vienen las voces de los animales crepusculares, sobresaliendo el violín monocorde de los grillos. Tengo que hacer una observación a Aristófanes. Las ranas no cantan como él asegura: *coax, coax, coax, patatrax, patatrax*. Antes bien, como lo ha apuntado un escritor yankee en un notable magazine que acabo de ver, para expresar ese canto tendría que emplear muchos más difíciles onomatopeyas que las del poeta griego.

En la Terraza

Al venir lo noche, la terraza comienza a alegrarse. La luz eléctrica da su claridad blanca; el piano despierta bajo los dedos de una bella inglesa, en el salón. Botes y carruajes empiezan a traer concurrentes. Un señor de buena edad, serio como un artículo editorial, se pasea fumando su excelente cigarro habano.

Las mesas para la comida se colocan al amor del cielo, al aire fresco.

La mayor parte de las gentes son inglesas —franelas blancas, *canotage* bicicleta— después todo cambia, cuando llega la hora de comer. Unos cuantos visitantes parten al sonar la campana que anuncia cada salida de tranvía. Conversaciones con ruido de vaji-

lla, estallidos de apollinaris, una que otra suave risa. Pasada la comida, fuga a los chalets cercanos, a la estación, aquí, allá. Decididamente, es un principio de estación poco animado. Un preludio. Ya llegarán los momentos de las fiestas:

*Cependant la lune se lève
Et l'esquif en sa course brève
File gaiement sur l'eau qui revê.*

P. V.

Como no miro a mi alrededor ni una sola cara conocida, sin charla, sin *flirt*, sin nada más que un libro de Verlaine bajo la luz temblorosa de las lámparas, cierro el libro, voy hacia el río, y navego camino de las islas, en la frescura de la noche. La noche tiene todos sus diamantes, y el agua está tan quieta y clara que se podrían pescar estrellas. La luna muestra su curva de oro: tal como si Amaltea sacase sus cuernos a través de la seda del cielo. El claro de luna trémulo sobre la onda corrida al poema en prosa, a menos que no sea a inéditas mandolinatas. Jamás he comprendido mejor la vaga tristeza de la soledad, ni he envidiado más al abate confesor de Eglé y al caballero Atis, que puntea su guitarra a las miradas de la ingrata Clori, ni he sentido tan bien —¡lamentando su falta!— la ventura encantadoramente fugitiva de las fiestas galantes.

Mientras el bote avanza, al chapoteo musical de los remos, desfilan en las orillas solitarias y oscuras largas procesiones de álbomos y sauces, que dicen en silencio versos de Tennyson. El paisaje, lleno de una misteriosa atracción nocturna, es profundamente melancólico. Como yo me envuelvo en mi ensueño, mi conductor suspende la conversación que desde hace rato pretende entablar, da un fuerte golpe de remo a las claras aguas, y me desdeña, con justicia; así los ilustrados literarios a la perniciosa escuela llamada decadente.

¡Oh, qué lejos de Buenos Aires, Dios mío, y tan cerca! No es por cierto, a causa de la terrible vida moderna, este campo, el campo de Fray Luis, ni aun el campo de Horacio.

Mas quien quiera dar reposo y ensueño al espíritu, harto y fatigado de la tórrida y agitada vida porteña, véngase a recorrer estas corrientes amables, en la grata soledad de la noche. No en soledad, no. Esta deleitosa poesía es para ser compartida. Querubín escuchará de su madrina exquisitas razones, al compás de los remos. Angélica hará soñar a Medoro. Pierrot mismo podría olvidar su pasión casta por la Luna, extasiado con las pláticas de Colombina.

Como tantos recién casados han venido a ver brillar sus lunas de miel por estos alrededores, siéntese una especial dulzura nupcial en el ambiente.

De vuelta, un momento antes de llegar al hotel, percibo otra barca y oigo en ella hablar francés. Y en tono un poco bajo, una voz de mujer da al viento un aire conocido, algo que hemos oído cantar a una linda boca parisiense:

*Encore une gavotte... une petite gavotte...
Encore une gavotte...*

Pues no hay que quejarse tanto de la tristeza de la noche; claro de luna, *réverie*, y una gavota cantada en un dulce francés...

Cierto es que Pauvre Lelian había preparado mi espíritu con sus mágicas y exquisitas fiestas. A tal punto, que al pasar por la terraza, camino de mi habitación, cruza conmigo un espléndido cortejo imaginario.

La fantasía siempre flota en el claro de luna.

*Au calme clair de lune triste et beau,
Qui fait rêver les oiseaux dans les arbres
Et sangloter d'extase les jets d'eau,
Les grands jets d'eau sveltes parmi les
(marbres.*

Luego miro de cerca la tropa encantadora de la farsa italiana; el abate que divaga el marqués que dice a una diva un cumplimiento. Canta a mi oído la canción de «los ingenuos», y la sugestión de los caracoles verlenianos; los fantoches Scaramouche y Policinella gesticulan; la mandolina envía un aire suave sobre los faunos de mármol y las flores.

A Clímena digo yo también: *Ainsi soit-il!*

Oigo la conversación de los indolentes, y al cantar de un ruiseñor invisible me llegan los ecos del más sentimental de los coloquios, del cual solamente la noche y yo escuchamos las palabras.

RUBÉN DARÍO.

ÉXTASIS

En las noches de hermosa primavera, de la luna a los pálidos fulgores, el alma se despierta a los amores y en un cielo inmortal vive y espera.

Un astro sin ocaso reverbera, copiando en sus tesoros de colores bellas ninfas de encantos seductores, claros ojos y rubia cabellera.

Todo al placer y a la ilusión convida y un horizonte mágico y risueño da nuevo sér a la ilusión perdida.

¿Por qué es fugaz tan venturoso empeño?
¡Quien pudiera soñar toda su vida!
¡Quien hallara la muerte en ese sueño!

LEY TRISTE

Infame y traicionera te he mirado y más en aquel tiempo te he querido, que ni pude tu amor dar al olvido, ni vivir de tus gracias alejado.

Al conocer la historia del pasado, quedó aquel sospechar desvanecido; pero mi triste corazón herido de aquella lucha resultó cansado.

Pasaron ya sospechas y desvelos, sucedió al batallar calma infinita y ya no se despiertan mis recelos.

Mas por ley triste que al olvido incita, ya el corazón sin luchas y sin celos ni por tí vive, ni por tí palpita.

NARCISO DÍAZ DE ESCOVAR.

Orfebrería Literaria

Bueno; pues déjate de mandangas y de garlibleos, y cuando tengas que decir algo y no puedas guardarlo dentro de ti porque se te salga, dílo. Y dílo derechamente. Sobre todo, dílo ¿eh? Decir no es escribir. Una cosa es escribir, y otra decir por escrito. Y debería tenerse cuidado con eso de «dice Fulano...», cuando no dice, sino escribe. Otra vez más, y no será la última: ¡que hable tu pluma!

Todo eso de las cacofonías y las asonancias y demás bobadas no son más que eso: bobadas. ¿De dónde has sacado que el repetir una misma sílaba en pocas palabras es cacofónico? Tonterías de preceptivos que, no teniendo nada que decir, inventan dificultades técnicas artificiosas para atribuirse el mérito de vencerlas. La mayor parte de esas reglas que se dice fundadas en principios intrínsecos de buen gusto, no son tales. Se han hecho un oído preceptivo, artificioso, artificioso, falso, y están sordos por dentro. Y no quiero decir sordos a la idea, al pensamiento desnudo de lenguaje—si es que tal cabe,—sino sordos a la música íntima, a la entrañada armonía, y armonía acústica, por supuesto. Porque hasta como música, esa prosa de ebanistería es insoporrible. Y monótona. Se oye en ella el chirrido de la muñequilla, que da dentera.

¡Que se te quite la manía de la perfección, hombre! Si andas con eso de la perfección, acabarás por no hacer nada vivo. Y lo que no es vivo, ni se tiene en pie ni dura. La manía de la perfección es cosa de solitarios; pero en el peor sentido de esta palabra, ¿sabes?, en aquel sentido que no es decente poner más en claro. Déjate, pues, de eso y convéncete de que todo lo vivo, de veras vivo, es obra de dos, por lo menos. Ni el parto literario es partenogénésico. Y deja, por tanto, que hagan tus obras tus lectores tanto como tú.

No, no tienes razón en eso. Casi todos los más grandes escritores han sido fecundos, muy fecundos; se han repetido mucho, muchísimo; a fuerza de repeticiones han llegado a las formas definitivas de expresión, y ha sido el público el que ha seleccionado sus obras. ¿Por qué has de ser tú quien seleccione lo tuyo? Déjate avasallar de ese modo.

En vez de andarles dando vueltas y más vueltas a tus cosas, a la busca siempre de su expresión perfecta, deja que ellas rueden por el mundo. Es inútil todo cuanto me digas al respecto. No me cabe en la cabeza—vaya una cacofonía, ¿eh?—que un hombre que se encierre en su gabinete y se pase allí solo, solo y solitario, ocho, diez, doce o veinte años trabajando en una obra de arte, pueda llegar a hacer nada duradero y vivo. Lo mejor es que haga, en medio de la calle y en mangas de camisa si hace bochorno, hoy una cosa, mañana otra, pasado mañana otra, y así cada día la del día, y acaba-

rás, no lo dudes, haciéndola más perfecta, si es que de algún modo había de hacerla.

Y eso que me mandaste es un horror; ¡rómpele, rómpele! Apesta a rebuscamiento. Cuanto pasen cien, tal vez cincuenta, acaso menos, no más que veinte años, se dirán las gentes que lean esas colinetas que armáis con la pluma: ¿Pero de veras hablaban así esos hombres? Todo eso es mentira, todo eso no es más que mentira, y hasta por muy verdad que sea, cuanto de esa manera escribís.

Porque hay una mentira de expresión, no te quepa de ella la menor duda. Se pueden escribir las más grandes verdades de una manera mentirosa. Figúrate que uno expone las leyes de Kepler de un modo grandilocuente, lo que llamamos grandilocuente; pues bien, aquella exposición será una mentira. Y si presentas la ley de Mariotte con un fingido calor, mientes. Y hay muchos, créemelo, pero muchos, que están mintiendo mientras exponen grandísimas verdades. Y toda mentira sale al estilo, que es como la cara, espejo del alma.

¡Afeites, afeites, afeites, colorete en las mejillas, menjurjes y nada más! Y en ello entra hasta cierta afectación de sencillez y de sobriedad. Esas cosas no se dicen, te lo repito, se escriben. Mira, haz de modo que quien te halla oído hablar sienta dentro de sí al leerte el timbre y la entonación de tu voz, y si no te ha oído, se figure una voz que le habla. Que te oigan, al leerte, sobre todo esto, que te oigan, que te oigan, y no sólo que te lean. Y para que te oigan y no sólo que te lean es preciso que les hables, que digas, que digas, y no sólo que escribas.

Va sabes aquello que es tan antiguo, pero que hay que repetirlo tanto: «No un escritor, sino un hombre que escribe». El escritor no es más que para los escritores, para los del oficio; el hombre que escribe escribe para los hombres que leen. ¿Quién ha visto un sastre que no vista sino a sastres, un zapatero que sólo a zapateros calce, un barbero que no afeite sino a barberos? Pues de esta monstruosidad no están lejos los escritores, que no suelen escribir sino para los otros escritores. ¡Han hecho una literatura para literatos, y así anda ello!

¿Pero cómo, me dirás, se lee tanto a ese cuyo estilo, según tú, no es sino artificio, rebuscamiento, mentira? Muy sencillo: porque apenas leen sino los mismos que escriben. Cuando no van a los conciertos más que músicos de profesión, éstos soportan el que un «virtuoso», como se llaman, se les vaya con estudios y habilidades de prestidigitación. Y cuando oigo decir de un poeta, pongo por caso, que es un orfebre, ya estoy cerrando su libro. Esa supuesta orfebrería sedicente, poética, es lo más hórrido que conozco. Ni es orfebrería ni es poesía.

Una vez, allá en mi pueblo un cierto confitero que se sintió escultor hizo con pasta de mazapán un bajo relieve, remedando, de un cromo, un cuadro que representaba los últimos momentos de María Estuardo. El

velo de la reina era de tul de verdad, y las lanzas de unos soldados eran de palo. Y todo ello pintarrajeado. Y habiéndome detenido a verlo, entre una tropa de papanatas que, boquiabiertos ante el escaparate, lo admiraban, con un pintor amigo mío, hombre ingeniosísimo y muy agudo, exclamó éste: «¿Pero, qué carancho es esto? El que ha hecho esto ¿es escultor o confitero? Porque si es confitero, yo le encerraría en un calabozo y no saldría de allí hasta que comiese todo eso con el tul y las lanzas y hasta la caja en que está todo ello.» Aplica el cuento, y aplícalo a los orfebres esos.

—El de escribir es un oficio—me dijo un día no sé quién. Y yo le contesté:—Sí, y nadie tiene peor letra que los calígrafos. Porque ¿has visto cosa más horrenda que esa letra que llaman caligráfica? En cambio, casi todos los buenos dibujantes no calígrafos tienen una hermosa letra, hermosa en el buen sentido. Y en otro respecto no sé de nadie que escriba peor que los profesores de Gramática. ¡Claro! Como que la Gramática es, según dicen los pedantes, el arte de hablar y escribir con corrección y propiedad. ¡Figúrate tu si va a saber distinguir entre «tendría» y «tuviera» el que ignora que ambas formas son, según la imponderable Academia, pretéritos imperfectos de subjuntivo! Y al llamarla imponderable lo hago en el sentido mismo que se dice del éter.

No, no, no; esa media docena de escritores que me citas y que, según ese crítico imberbe, son los seis primeros hoy en nuestra lengua, son, unos más y otros menos, detestables, y alguno de ellos, detestabilísimo. Ninguno de ellos dice nada ni aun cuando escribe cosas verdaderas y hasta nuevas y de fondo. No las dicen, las escriben. Y todo eso envejece. No tienes sino consultar la historia literaria y observar quiénes pasaron en su propio tiempo y para sus contemporáneos por los primeros escritores, por excellosos artistas de la palabra, y lo que ha sido después de ellos. Cada época ama, ante todo, sus defectos, que es lo que a sus propios ojos más le distingue de las otras.

Déjate, pues, te lo repito, de garlibleos, y cuando no tengas nada que decir—ya me entiendes,—cállate; y cuando sientas algo que decir, aunque sea lo que otros mucho antes que tú han dicho, pero de decirlo, ¿eh?, de decirlo y no de escribirlo, dílo. De palabra o por escrito, lo mismo da, pero dílo. Y que un día, de aquí a veinte, a cincuenta, a cien, a quinientos años, pueda decirse de tí, amigo N., «como dice N...», como dice, en presente, y no «como dijo», y menos «como escribió». «Como dice Platón...», decimos, y no «como escribió Platón...» Porque lo que queda dicho, dicho y no escrito, es siempre presente, es eterno. Eso es lo que dura.

¡No hagas orfebrería literaria, por Dios, no hagas orfebrería literaria!

MIGUEL DE UNAMUNO



NOCTURNO

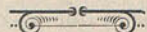
He salido al jardín a mirar las estrellas.
Hay tantas esta noche serena y perfumada,
y son tan peregrinas, que el alma, bajo ellas,
sintiendo eternidades, quedó maravillada!

Oh, inmensidad florida! Oh, primordiales
(huellas!
si hasta vosotras puede avanzar la mirada,
gozosa al contemplaros tan dulcemente bellas,
¿por qué vuestra verdad permanece apagada?

Sois lámparas eternas del cielo indefinido;
¡Oh, lejanas hermanas de la Naturaleza!
Decid: en vuestros mundos, los hombres que
(han nacido,

¿caminarán felices, lejos de la tristeza?
¿Encarnareis vosotras el Ideal perdido?
¿Triunfará en vuestro seno la perfecta Belleza?

RAFAEL LASSO DE LA VEGA.



PÁGINAS ESCOGIDAS

EL CIPRÉS

Una de las cosas más alegres que he visto
jamás, era un ciprés de cementerio.

Había dos en el osario: uno, el ciprés
triste, un ciprés cadáver, flaco, descarnado,
nervioso, tan viejo y débil, que cuando el
aire lo movía, parecía como si temblase, y
cuando llovía dijérase talmente que lloraba;
y el otro, alegre, espeso, de terciopelo ves-
tido, ufano y virgen todo él, modelado, tier-
no y siempre lleno de verdor.

Pero lo que le hacía ser alegre era el en-
jambre de pajarillos que dormían en sus
brazos y allí anidaban y vivían. Parecía un
árbol con palabras y canciones, entre aque-
lla quietud; una casa de vecindad cercana a
los nidos; una escuela llena de gritos y de
risadas. Todo el santo día, yendo y viniendo,
bajaban, subían, iban de visita, se hol-
gaban, reñían, se llevaban las noticias del
lugar en donde había panizo y no había ca-
zadores, volcaban las criaturas, les lavaban
las patas y les enseñaban gimnasia; reían,
lloraban y se contaban sus cavilaciones; to-
do el día era un teje maneje de pellizcos, de
besos y de picotazos; de subir briznas de
paja para mullir los cojines; de meter la ca-
beza en el ala y espantar las lagartijas.

Al atardecer aumentaba la algarazara para
disputarse una ramita; había una furia de
gritos para lograr un toldo de hojas; un
guirigay para conseguir una alcoba; y des-
pués, una vez persignados los pequeños en-
tre los nidos de las ramas y rezada la óra-
ción, el árbol se quedaba dormido entre los
fuegos fatuos que corrían.

¡Ah árbol alegre! En ningún lugar esta-
ban tan seguros como bajo aquel dosel de
dulzura; en ninguno tan respetados por los
hombres como en el mismo osario; en nin-
guno tan contentos como en aquella paz po-
blada; siempre ellos con ellos, siempre con
los suyos; siempre llenando la soledad con
una festiva alegría.

Hasta cuando llevaban un muerto, subía
del ciprés un vuelo de vida.

SANTIAGO RUSIÑOL

PENSAMIENTOS

Los que predicán la igualdad económica,
o son impostores o imbéciles. El único co-
munismo real lo consigue una ley física en-
tre las paredes de los cementerios.

El hecho de que la humanidad levanta
estatuas, a los que cumplieron con su deber,
demuestra que la práctica de la virtud no es
otra cosa que un *accidente glorioso* en la
historia del mundo.

La riqueza produce una *selección al re-
vés* en la sociedad humana.

Un *tonto* con dinero triunfa necesaria-
mente antes que un talento pobre.

Eso que los economistas llaman *libre con-
currencia*, suele ser en la práctica libre ini-
quidad y explotación.

Cuando las mujeres se encolerizan, si son
bellas parecen feas, y si son feas, parecen
mucho más. En cambio, la mujer que su-
plica y la que llora son siempre interesan-
tes, alguna vez bellas, y cuando sus lágri-
mas son arrancadas por la compasión, su-
blimes.

El problema social, digan lo que quieran
los sociólogos, es más cuestión de sentimien-
to que de ley, más de Ética que de Dere-
cho. La justicia sin el amor, es como esos
médicos *empíricos* que curan dolencias sin
saber curar enfermos.

PASCUAL SANTACRUZ.



El barrio de la Macarena Cantares

Fuí dejando mi sangre
por el camino,
y no por esto pierdo
fuerzas ni brío,
que hay en mi cuerpo...
mucha más sangresita
que la que vierto.

* *

Por el canto se conoce
si es trino de ruiseñor,
o piar de gorriónes...

* *

No entiendo ya de querer;
como le visten de máscara,
no lo puedo conocer.

* *

La muerte va por la calle,
y la vida la acompaña,
¡el que va dentro del carro...
es quien perdió la jornada!

* *

Cuando cae el agua
va aclarando el cielo...
¡cuando la penita se convierte en llanto
ya no duele el pecho!

* *

San Roque tuvo un perro
para sus llagas;
otros tienen los males,
sin las ventajas...
que en este mundo,
no siempre están los bienes
del mal al punto.

* *

Al que mata de una vez
se le puede perdonar,
¡pero matar, poco a poco...
es no tener caridad!

GLORIA DE LA PRADA.

VARIEDADES

La mujer ante el espejo

Un calculista alemán que cultiva la cien-
cia de las cifras como la de la galantería,
acaba de calcular, sobre bases que no ha
querido divulgar, el número de minutos que
cada mujer pasa diariamente ante el espejo,
ya entregada a la *toilette* o al peinado, o pa-
ra agrandar al ser mirada.

Hasta los seis años una niña no piensa en
servirse de espejo; pero ya de los seis a los
diez años pasa siete minutos diarios en con-
templarse. De los diez a los quince dedica
un cuarto de hora por lo menos, y de los
quince a los veinte consagra ya la joven a
su mejor confidente cerca de veintidós mi-
nutos al día. Hasta los treinta años le con-
ceden media hora.

Según los cálculos del expresado profe-
sor alemán, una mujer de setenta años ha
pasado, por término medio, cinco mil ocho-
cientas setenta y dos horas ante el espejo, lo
cual representa un total de ocho meses, con
sus días y sus noches comprendidas.

Los perfumes

Tanta importancia se dió en Grecia a los
perfumes, que ya se sabe cuál era el mejor
obsequio que los potentados dedicaban a sus
comensales: soltar lindas palomas bañadas
en exquisitas esencias para que, volando a
todo volar por la sala donde se celebraba el
festín, hubiera rico olor para todo y para
todos, pues los animalitos venían a resultar
otros tantos perfumadores.

También el duque de Borgoña, Felipe «el
Bueno», tuvo un día la ocurrencia de colo-
car en la mesa, con ocasión asimismo de
fastuoso banquete, la primorosa estatua de
un niño que prodigaba la exquisita esencia
de rosas.

Famosos perfumistas fueron en Roma y
Grecia los Nicero Cosmus, Folia (una mu-
jer) y otros. Eran, ni más ni menos, lo que
son ahora Guerlain, Lubin, la señora Chan-
taron y muchas más.

Las beldades de aquellos lejanos tiempos
se teñían el cabello de azul. Detalle que no
rehusó Flaubert en su «Salambó». ¡La reina
de Saba iba tan ufana con el pelo así!

Esther, antes de conocer a Assuero, pasó
seis meses empapada en aceite de mirna, y
otros seis ¡qué año! en distintos perfumes.

Clotilde y Brunequilla se perfumaron de
lo lindo.

La reina Isabel de Inglaterra fué entusias-
ta partidaria de los guantes perfumados, de
los olorosos «shets» y de cuantos artificios
de la *toilette* se inventaron. É ideóse para
ella la «bola de perfume» que posee el mu-
seo de Kesington. Otra «bola» de estas exis-
te en la colección de Adolfo Rothschild, y
también en la de Klotz hay una.

Quizá María de Médicis hubiera odiado
menos las rosas y su fragancia. Dicen que
se desmayaba de rabia sólo con ver una de
aquellas.

Imp. M. Alvarez: Feduchy, 12 Cádiz.